

es la mujer buena: y en comparación de ella el sol mismo no luce, y son oscuras las estrellas. Y no sé yo joya de valor, ni de loor, que así levante y hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes, de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad, y regalo, de gozo, y de paz que encierra y contiene en sí una buena mujer, cuando se la da por compañera su buena dicha. Que si Eurípides (1), escritor sabio, parece que á bulto dice de todas mal, y dice, que si alguno de los pasados dijo mal de ellas, y de los presentes lo dice, ó si lo dijeron los que vinieren después. todo lo que dijeron, y dicen, y dirán, él solo lo quiere decir y dice; así que si esto dice, no lo dice en su persona, y la que lo dice tiene justa disculpa, en haber sido Medea la ocasión de que lo dijese. Mas ya que habemos llegado aquí, razón es que callen mis palabras, y que comiencen á sonar las del Espíritu santo: el cual en la doctrina de las buenas mujeres, que pone en los Proverbios, y yo ofrezco agora aquí á Vmd. comienza de estos mismos loores, en que yo agora acabo, y dice en pocas razones, lo que ninguna lengua pudiera decir en muchas: y dice de esta manera:

## §. I.

Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia.

*¿Quién hallará mujer de valor? raro y extremado es su precio.*

Pero antes que comencemos, nos conviene presuponer, que en este capítulo el Espíritu santo, así es verdad que pinta una buena casada, declarando las obligaciones que tiene, que también dice, y significa, y como encubre debajo de esta pintura cosas mayores, y de más alto sentido, que pertenecen á toda la Iglesia. Porque se ha de entender, que la sagrada Escritura, que es habla de Dios, es como una imagen de la condición y naturaleza de Dios. Y así como la divinidad es juntamente una perfección sola, y muchas perfeccio-

(1) *In Hecuba.*

nes diversas, una en sencillez, y muchas en valor y eminencia; así la santa Escritura por unas mismas palabras dice muchas y diferentes razones; y como lo enseñan los santos, en la sencillez de una misma sentencia encierra gran preñez de sentidos. Y como en Dios todo lo que hay es bueno, así en su Escritura todos los sentidos, que puso en ella el Espíritu santo son verdaderos. Por manera que el seguir el un sentido, no es desechar el otro: ni menos el que en éstas sagradas letras entre muchos y verdaderos entendimientos que tienen, descubre uno de ellos, y le declara, no por eso ha de ser tenido por hombre que desecha los otros entendimientos. Pues digo, que en este capítulo Dios por la boca de Salomón por unas mismas palabras hace dos cosas. Lo uno, instruye y ordena las costumbres: lo otro, profetiza misterios secretos. Las costumbres que ordena, son de la casada, los misterios que profetiza, son el ingenio y las condiciones que había de poner en su Iglesia, de quien habla como en figura de una mujer de su casa. En esto postrero da luz á lo que se ha de creer, en lo primero enseña lo que se ha de obrar. Y porque aquesto solo es lo que hace agora á nuestro propósito, por eso hablaremos de ello aquí solamente, y procuraremos, cuanto nos fuere posible, sacar á luz, y poner como delante de los ojos, todo lo que hay en esta imagen de virtud, que Dios aquí pinta. Dice pues:

## §. II.

Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurarlo ver la que es casada.

*Mujer de valor quién la hallará? raro y extremado es su precio.*

Propone luego al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada, y lo que propone, ó por mejor decir, propone loándolo, para despertar desde luego, y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y porque tuviese mayor fuerza el encarecimiento, pónelo por vía de pregunta di-

ciendo: *Mujer de valor quién la hallará?* Y en preguntarlo y decirlo así, dice que es dificultoso el hallarla, y que son pocas las tales. Y así la primera loa que da á la buena mujer, es decir de ella, que es cosa rara: que es lo mismo que llamarla preciosa, y excelente cosa, y digna de ser muy estimada, porque todo lo raro es precioso. Y que sea aqueste su intento, por lo que luégo añade se ve. *Alejado, y extremado, dice, es su precio.* O como dice el original en el mismo sentido: *Más y allende, y muy alejado sobre las piedras preciosas el precio suyo.* De manera que el hombre, que acertare con una mujer de valor, se puede desde luégo tener por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado una perla oriental, ó un diamante finísimo, ó una esmeralda, ú otra alguna piedra preciosa de inestimable valor. Así que esta es la primera alabanza de la buena mujer, decir, que es dificultosa de hallar. Lo cual así es alabanza de las buenas, que es aviso para conocer generalmente la flaqueza de todas. Porque no sería mucho, ser una buena, si hubiese muchas buenas, ó si en general no fuesen muchos sus siniestros malos. Los cuales son tantos á la verdad, y tan extraordinarios, y diferentes entre sí, que con ser un linaje y especie, parecen de diversas especies. Que como burlando en esta materia, ó Phocilides, ó Simónides (1) solía decir, en ellas solas se ven el ingenio, y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje. Que unas hay cerriles, y libres como caballos, y otras resabidas como raposas, otras ladradoras, otras mudables á todos colores, otras pesadas como hechas de tierra: y por esto la que entre tantas diferencias de mal acierta á ser buena, merece ser alabada mucho. Mas veamos, por qué causa el Espíritu santo á la buena mujer la llama mujer de valor, y después veremos con cuánta propiedad la compara, y antepone á las piedras preciosas. Lo que aquí decimos, *mujer de valor*, y pudiéramos decir, *mujer varonil*, como Sócrates (2), acerca de Jenofón, llama á las casadas perfectas; así que esto que decimos *varonil*, ó *valor*, en el original es una palabra de grande significación, y fuerza, y tal que

(1) Apud Stobæum, serm. LXXIII.

(2) Memorabil. Lib. v.

apenas con muchas nuestras se alcanza todo lo que significa. Quiere decir, virtud de ánimo, y fortaleza de corazón, industria, y riquezas, y poder, y aventajamiento, y finalmente un ser perfecto, y cabal en aquellas cosas, á quien esta palabra se aplica: y todo esto atesora en sí la que es buena mujer; y no lo es, si no lo atesora. Y para que entendamos, que es esto verdad, la nombró el Espíritu santo con este nombre, que encierra en sí tanta variedad de tesoro. Porque como la mujer sea de su natural flaca, y deleznable, más que ningún otro animal, y de su costumbre é ingenio una cosa quebradiza, y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta á muchos peligros, y donde se ofrecen cada día trabajos, y dificultades muy grandes, y vida ocasionada á continuos desabrimientos y enojos, y como dice San Pablo (I. ad Corinth. capit. vii, v. 34.), vida adonde anda el ánimo, y el corazón dividido, y como enajenado de sí, acudiendo agora á los hijos, agora al marido, agora á la familia, y hacienda; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa, y tan larga, menester es, que la que ha de ser buena casada, esté cercada de un tan noble escuadrón de virtudes, como son las virtudes que habemos dicho, y las que en sí abraza la propiedad de aquel nombre. Porque lo que es harto para que un hombre salga bien con el negocio que emprende, no es bastante para que una mujer responda como debe á su oficio; y cuanto el sujeto es más flaco, tanto para arribar con una carga pesada, tiene necesidad de mayor ayuda y favor. Y como cuando en una materia dura, y que no se rinde al hierro, ni al arte, vemos una figura perfectamente esculpida, decimos y conocemos, que era perfecto, y extremado en su oficio el artifice que la hizo, y que con la ventaja de su artificio venció la dureza no domable del sujeto duro; así y por la misma manera el mostrarse una mujer la que debe entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heroica virtud. Y es argumento evidente, que cuanto en la naturaleza es más flaca, tanto en el valor del ánimo, y en su virtud es mayor, y más aventajada. Y esta misma es la causa también por donde, como lo vemos por la experiencia, y como la historia nos lo enseña en no pocos ejemplos, cuando alguna

mujer acierta á señalarse en algo de lo que es de loor, vence en ello á muchos hombres de los que se dan á lo mismo. Porque cosa de tan poco ser, como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende, ni alcanza cosa de valor, ni de ser, sino es porque la inclina á ello, y la despierta, y alienta alguna fuerza de increíble virtud, que ó el cielo ha puesto en su alma, ó algún don de Dios singular. Que pues vence su natural, y sale como río de madre, debemos necesariamente entender, que tiene en sí grandes acogidas de bien. Por manera que con grandísima verdad, y significación de loor, el Espíritu santo á la mujer buena, no la llamó como quiera buena, ni dijo, ó preguntó, ¿quién hallará una buena majer? sino llamóla *mujer de valor*, y usó en ello de una palabra tan rica, y tan significativa como es la original que dijimos. Para decirnos, que la mujer buena es más que buena, y que está que nombramos bueno, es una medianía de hablar, que no allega á aquello excelenté que ha de tener, y tiene en sí la buena mujer. Y que para que un hombre sea bueno, le basta un bien mediano, mas en la mujer ha de ser negocio de muchos, y muy subidos quilates: porque no es obra de cualquier oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla á do quiera, sino artificio primo, y bien incomparable, ó por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes. Y este es el primer loor que le da el Espíritu santo, y con este viene como nacido el segundo, que es compararla á las piedras preciosas. En lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto, de que vamos hablando, se encierra. Porque así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor; así el bien de una buena tiene subidos quilates de virtud. Y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio; así lo que en el sujeto flaco de la mujer pone estima de bien, es grande y raro bien. Y como en las piedras preciosas la que no es muy fina, no es buena; así en las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es más que buena. Y de la misma manera que es rico un hombre, que tiene una preciosa esmeralda, ó un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado;

así una buena mujer no es una mujer, sino un montón de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso. Y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos, y se pone delante los ojos, y se asienta sobre la cabeza para hermosura y honra de ella, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría, y socorro en la necesidad; ni más ni ménos á la buena mujer, el marido la ha de querer más que á sus ojos, y la ha de traer sobre su cabeza; y el mejor lugar del corazón del él ha de ser ó por mejor decir, todo su corazón, y su alma; y ha de entender, que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón, y coyuntura responderá con su gusto, y le henchirá su deseo; y que en la alegría tiene en ella compañía dulce, con quien acrecentará su gozo comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, provisora de sus excesos, y finalmente en las veras, y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida, y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida dulce amor, y paz, y descanso. Hasta aquí llegan las alabanzas que da Dios á aquesta mujer; veamos agora lo que después de esto se sigue.

## §. III.

Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho del marido, y de cómo pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora.

*Confía en ella el corazón de su marido, no le harán mengua los despojos.*

Después que ha propuesto el sujeto de su razón y nos ha aficionado á él alabándolo, comienza á especificar las buenas partes de él; y aquello de que se compone y perficiona. Para que asentando los piés las mujeres en aquestas pisadas y siguiendo estos pasos, lleguen á lo que es perfecta casada. Y

porque la perfección del hombre en cualquier estado suyo consiste principalmente en el bien obrar, por eso el Espíritu santo no pone aquí partes de esta perfección de que hablo, sino solamente las obras loables á que está obligada la casada que pretende ser buena. Y la primera es, que ha de engendrar en el corazón de su marido una gran confianza. Pero es de ver cuál sea, y de qué, esta confianza que dice. Porque pensarán algunos que es la confianza que ha de tener el marido de su mujer que es honesta. Y aunque es verdad que con su bondad la mujer ha de alcanzar de su marido esta buena opinión; pero á mi parecer el Espíritu santo no trata aquí de ello, y la razón porque no lo trata es justísima. Lo primero, porque su intento es componernos aquí una casada perfecta, y el ser honesta una mujer no se cuenta, ni debe contar entre las partes de que esta perfección se compone; sino ántes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y para decirlo en una palabra, es como el sér y la sustancia de la casada; porque si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera, y vilísimo cieno, y basura la más hedionda de todas y la más despreciada. Y como en el hombre, ser dotado de entendimiento y razón, no pone en él loa, porque tenerlo es su propia naturaleza, mas si le faltase por caso, el faltarle pondría en él mengua grandísima; así la mujer no es tan loable por ser honesta, cuanto es torpe y abominable si no lo es. De manera que el Espíritu santo en este lugar no dice á la mujer que sea honesta, sino presupone que ya lo es, y á la que así es, enséñale lo que le falta y lo que ha de añadir para ser acabada y perfecta. Porque, como arriba dijimos, esto todo que aquí se refiere, es como hacer un retrato ó pintura, adonde el pintor no hace la tabla; sino en la tabla que le ofrecen y dan, pone él los perfiles, é induce después los colores, y levantando en su lugar las luces, y bajando las sombras adonde conviene, trae á debida perfección su figura. Y por la misma manera Dios en la honestidad de la mujer, que es como la tabla, la cual presupone por hecha y derecha, añade ricos colores de virtud, todas aquellas que son necesarias para acabar una tan hermosa pintura. Y sea esto lo primero.

Lo segundo porque no habla aquí Dios de lo que toca á esta fe, es porque quiere que este negocio de honestidad y limpieza

lo tengan las mujeres tan asentado en su pecho, que ni aún piensen que puede ser lo contrario. Y como dicen de Solón, el que dió leyes á los Atenienses, que señalando para cada maleficio sus penas, no puso castigo para el que diese muerte á su padre ni hizo memoria de este delito; porque dijo que no convenía que tuviesen por posible los hombres, ni por acontecero, un mal semejante: así por la misma razón no trata aquí Dios con la casada que sea honesta y fiel, porque no quiere que le pase, aún por la imaginación, que es posible ser mala. Porque si va á decir la verdad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo, ó que en no serlo hace algo que le deba ser agradecido. Que como á las aves les es naturaleza el volar, así las casadas han de tener por dote natural, en que no puede haber quiebra, el ser buenas y honestas: y han de estar persuadidas, que lo contrario es suceso aborrecible, y desventurado, y hecho monstruoso, ó por mejor decir, no han de imaginar que puede suceder lo contrario, mas que ser el fuego frío ó la nieve caliente. Entendiendo que el quebrar la mujer á su marido la fe, es perder las estrellas su luz, y caerse los cielos, y quebrantar sus leyes la naturaleza, y volverse todo en aquella confusión antigua y primera. Ni tampoco ha de ser esto como algunas lo piensan, que con guardar el cuerpo entero al marido en lo que toca á las pláticas y á otros ademanes y obrillas menudas, se tienen por libres. Porque no es honesta la que no lo es y parece. Y cuanto está lejos del mal, tanto de la imagen ó semejanza de él ha de estar apartada. Porque como dijo bien un poeta latino, aquella sola es casta, en quien ni la fama mintiendo osa poner mala nota. Y cierto como al que se pone en el camino de Santiago, aunque á Santiago no llegue, ya le llamamos romero; así sin duda es principiada ramera, la que se toma licencia para tratar de estas cosas, que son el camino. Pero si no es esto, ¿qué confianza es la de que Dios habla en este lugar? En lo que luégo dice se entiende, porque añade: *No le harán mengua los despojos*. Llama *despojos*, lo que en español llamamos alhajas y aderezo de casa, como algunos entienden; ó como tengo por más cierto, llama *despojos* las ganancias que se adquieren por via de mercancías. Porque se ha de entender que los hombres hacen renta, y se susten-

tan, y viven, ó de la labranza del campo, ó del trato, ó contratación con otros hombres. La primera manera de renta es ganancia inocente y santa ganancia, porque es puramente natural: así porque en ella el hombre come de su trabajo, sin que dañe, ni injurie, ni traiga á costa ó menoscabo á ninguno; como también porque en la manera como á las madres es natural mantener con leche á los niños que engendran, y aun á ellos mismos, guiados por su inclinación, les es también natural el acudir luego á los pechos; así nuestra naturaleza nos lleva é inclina á sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra común, lo que conviene para nuestro sustento. La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y se enriquece de las haciendas ajenas, ó con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes, y los maestros, y artifices de otros oficios que venden sus obras, ó por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural, y adonde las más veces interviene alguna parte de injusticia, y de fuerza, y ordinariamente dan con disgusto y desabrimiento aquello que dan las personas con quien se granjea. Por lo cual todo lo que en esta manera se gana, es en este lugar llamado *despojos*, por conveniente razón. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y despojado, y aunque no por vía de guerra, pero como en guerra, y no siempre muy justa. Pues dice agora el Espíritu Santo, que la primera parte y la primera obra con que la mujer casada se perfecciona, es con hacer á su marido confiado y seguro, que teniéndola á ella, para tener su casa abastada y rica, no tiene necesidad de correr la mar, ni de ir á la guerra, ni de dar sus dineros á logro, ni de enredarse en tratos viles é injustos; sino que con labrar él sus heredades, cogiendo su fruto, y con tenerla á ella por guarda y por beneficiadora de lo cogido, tiene riqueza bastante. Y que pertenezca al oficio de la casada, y que sea parte de su perfección aquesta guarda é industria, demás de que el Espíritu santo lo enseña, también lo demuestra la razón. Porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no sólo para fin que se perpetuase en los hijos el linaje y nombre de ellos, sino también á propósito de que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen: lo cual no les era posi-

ble, ni al hombre sólo por sí, ni á la mujer sin el hombre. Porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda: que si lo que se adquiere se pierde, es como si no se adquiriese. Y el hombre que tiene fuerzas para desvolver la tierra, y para romper el campo, y para discurrir por el mundo, y contratar con los hombres, negociando su hacienda, no puede asistir á su casa á la guarda de ella, ni lo lleva su condición; y al revés la mujer, que por ser de natural flaco y frio, es inclinada al sosiego, y á la escasez, y es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así la naturaleza, en todo proveída, los ayuntó, para que prestando cada uno de ellos al otro su condición, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. Y de inclinaciones tan diferentes, con arte maravillosa, y como se hace en la música, con diversas cuerdas, hizo una provechosa y dulce armonía, para que cuando el marido estuviere en el campo, la mujer asista á la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere. Por donde dice bien un poeta, que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey. El buey para que are, y la mujer para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio, y la obliga á esta virtud, y parte de su perfección como á parte principal y de importancia. Lo cual se conoce por los buenos y muchos efectos que hace: de los cuales es uno el que pone aquí Salomón, cuando dice que *confía en ella el corazón de su marido, y que no le harán mengua los despojos*. Que es decir, que con ella se contenta con la hacienda que heredó de sus padres, y con la labranza y frutos de ella, y que ni se adeuda, ni ménos se enlaza con el peligro y desasosiego de otras granjerías y tratos, que por do quiera que se mire es grandísimo bien. Porque si vamos á la conciencia, vivir uno de su patrimonio es vida inocente y sin pecado, y los demás tratos por maravilla carecen de él. Si al sosiego, el uno descansa en su casa, el otro lo más de la vida vive en los mesones y en los caminos. La riqueza del uno no ofende á nadie, la del otro es murmurada y aborrecida de todos. El uno come de la tierra, que jamás se cansa ni enoja de comunicarnos sus bienes, al otro desámanle esos mismos que le enriquecen.

Pues si miramos la honra, cierto es que no hay cosa ni más vil, ni más indigna del hombre, que el engañar y el mentir; y cierto es, que por maravilla hay trato de estos, que carezca de engaño. ¿Qué diré de la institución de los hijos, y de la orden de la familia, y de la buena disposición del cuerpo y del ánimo, sino que todo va por la misma manera? Porque necesaria cosa es, que quien anda ausente de su casa, halle en ella muchos desconciertos, que nacen, y crecen, y toman fuerzas con la ausencia del dueño: y forzoso es, á quien trata de engañar, que le engañen; y que á quien contrata y se comunica con gentes de ingenio y de costumbres diversas, se le peguen muchas malas costumbres. Mas al revés la vida del campo y el labrar uno sus heredades, es una como escuela de inocencia y verdad. Porque cada uno aprende de aquellos con quien negocia y conversa. Y como la tierra en lo que se le encomienda es fiel, y en el no mudarse es estable, y clara, y abierta en brotar á fuera, y sacar á luz sus riquezas, y para bien hacer liberal, y abastecida; así parece que engendra é imprime en los pechos de los que la labran, una bondad particular, y una manera de condición sencilla, y un trato verdadero, y fiel, y lleno de entereza, y de buenas y antiguas costumbres, cual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres. Allende de que los cría sanos, y valientes, y alegres, y dispuestos para cualquier linaje de bien. Y de todos estos provechos, la raíz de donde nacen y en que se sustentan, es la buena guarda é industria de la mujer que decimos. Mas es de ver en qué consiste esta guarda. Consiste en dos cosas. En que no sea costosa, y en que sea hacendosa. Y digamos de cada una por sí. No ha de ser costosa ni gastadora la perfecta casada, porque no tiene para qué lo sea. Porque todos los gastos que hacemos son para proveer, ó á la necesidad, ó al deleite; para remediar las faltas naturales con que nacemos, de hambre y desnudez; ó para abastecer á los particulares antojos y sabores que nosotros nos hacemos por nuestro vicio. Pues á las mujeres, en lo uno, la naturaleza les puso muy grande tasa; y en lo otro, las obligó á que ellas mismas se la pusiesen. Que si decimos verdad, y miramos lo natural, las faltas y necesidades de las mujeres son mucho menores que las de los hombres. Porque lo que toca al comer,

es poco lo que les basta, por razón de tener ménos calor natural. Y así es en ellas muy feo ser golosas ó comedoras. Y ni más ni ménos, cuanto toca al vestir, la naturaleza las hizo por una parte ociosas, para que rompiesen poco, y por otra aseadas, para que lo poco les luciese mucho. Y las que piensan que á fuerza de posturas y vestidos han de hacerse hermosas, viven muy engañadas; porque la que lo es, revuelta lo es, y la que no, de ninguna manera lo es, ni lo parece, y cuando más se atavía es más fea. Mayormente que la buena casada, de quien vamos tratando, cualquiera que ella sea, fea ó hermosa, no ha de querer parecer otra de lo que es, como se dirá en su lugar. Así que cuanto á lo necesario, la naturaleza libró de mucha costa á las mujeres; y cuanto al deleite y antojo, las ató con muy estrechas obligaciones para que no fuesen costosas. Y una de ellas es el encogimiento, y modestia y templanza que deben á su natural. Que aunque el desorden, y demasia, y el dar larga rienda al vano y no necesario deseo, es vituperable en todo linaje de gentes, en el de las mujeres, que nacieron para sujeción y humildad, es mucho más vicioso y vituperable. Y con ser esto así, no sé en qué manera acontece, que cuanto son más obligadas á tener este freno, tanto cuando le rompen, se desenfrenan más que los hombres, y pasan la raya mucho más, y no tiene tasa ni fin su apetito. Y así sea esta la segunda causa que las obliga á ser muy templadas en los gastos de sus antojos, porque si comienzan á destemplarse, se destemplan sin término, y son como un pozo sin suelo, que nada les basta; y como una carcoma que de continuo roe; y como una llama encubierta, que se enciende sin sentir por la casa, y por la hacienda, hasta que la consume. Porque no es gasto de un dia el suyo, sino de cada dia; ni costa que se hace una vez en la vida, sino que dura por toda ella; ni son, como suelen decir, muchos pocos, sino muchos y muchos. Porque si dan en golosear, toda la vida es el almuerzo, y la merienda, y la huerta, y la comadre, y el dia bueno: y si dan en galas, pasa el negocio de pasión y llega á increíble desatino y locura. Porque hoy un vestido, y mañana otro, y cada fiesta con el suyo: y lo que hoy hacen, mañana lo deshacen: y cuanto ven, tanto se les antoja. Y aún pasa más adelante el furor, porque se hacen maes-

tras é inventoras de nuevas invenciones y trajes, y hacen honra de sacar á luz lo que nunca fué visto. Y como todos los maestros gusten de tener discipulos que los imiten, ellas son tan perdidas, que en viendo en otra sus invenciones, las aborrecen, y estudian, y se desvelan por hacer otras. Y crece la frenesía más, y ya no les place tanto lo galano y hermoso, como lo costoso y preciado: y ha de venir la tela de no sé dónde, y el brocado de más altos, y el ámbar que bañe el guante, y la cuera, y áun hasta el zapato, el cual ha de relucir en oro también como el tocado: y el manteo ha de ser más bordado que la basquiña: y todo nuevo, y todo reciente, y todo hecho de ayer, para vestirlo hoy y arrojarlo mañana. Y como los caballos desbocados, cuando toman el freno, cuanto más corren, tanto van más desapoderados; y como la piedra que cae de lo alto, cuanto más descende, tanto más se apresura, así la sed de estas crece en ellas con el beber; y un gran desatino y exceso que hacen, les es principio de otro mayor, y cuanto más gastan, tanto les place más el gastar. Y aun hay en ello otro daño muy grande, que los hombres si les acontece ser gastadores, las más veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas, ú honrosas, ó que tienen alguna parte de utilidad y provecho; como los que edifican suntuosamente, y los que mantienen grande familia, ó como los que gustan de tener muchos caballos: mas el gasto de las mujeres es todo en el aire; el gasto muy grande, y aquello en que se gasta, ni vale, ni luce: en volantes, y en guantes, y en pebetes, y cazoletas, y azabaches, y vidrios, y musarañas, y en otras cosillas de la tienda, que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor. Y muchas veces no gasta tanto un letrado en sus libros, como alguna dama en enrubiar los cabellos. Dios nos libre de tan gran perdición. Y no quiero ponerlo todo á su culpa, que no soy tan injusto, que gran parte de aquesto nace de la mala paciencia de sus maridos. Y pasara yo agora la pluma á decir algo de ellos, si no me detuviera la compasión que les hé. Porque si tienen culpa, pagan la pena de ella con las setenas. Pues no sea la perfecta casada costosa, ni ponga la honra en gastar más que su vecina, sino tenga su casa más bien abastada que ella y más reparada, y haga con su aliño y aseo, que el vestido an-

tiguo le esté como nuevo, y que con la limpieza, cualquiera cosa que se pusiere, le parezca muy bien, y el traje usado y común, cobre de su aseo de ella, no usado ni común parecer. Porque el gastar en la mujer es contrario de su oficio, y demasiado para su necesidad, y para los antojos vicioso, y muy torpe, y negocio infinito que asuela las casas, y empobrece á los moradores, y los enlaza en mil trampas, y los abate y envilece por diferentes maneras. Y á este mismo propósito es y pertenece lo que se sigue.

## §. IV.

De la obligación que tienen los casados de amarse, y descansarse en los trabajos mutuamente.

*Pagóle con bien, y no con mal todos los días de su vida.*

Que es decir, que ha de estudiar la mujer, no en empeñar á su marido, meterle en enojos, y cuidados, sino en librarle de ellos, y en serle perpetua causa de alegría y descanso. Porque ¿qué vida es la de aquel que ve consumir su patrimonio en los antojos de su mujer? Y que sus trabajos se los lleva el río, ó por mejor decir, el albañar? Y que tomando cada día nuevos censos, y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo aherrojado del joyero, y del mercader? Dios cuando quiso casar al hombre, dándole mujer dijo (Génes., cap. ii, v. 18.): *Hagámosle un ayudador su semejante*; de donde se entiende, que el oficio natural de la mujer, y el fin para que la crió, es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y desventura; ayudadora, y no destruidora. Para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas cargas. Para repartir entre sí los cuidados, y tomar ella su parte, y no para dejarlos todos al miserable, mayores, y más acrecentados. Y finalmente no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos, y hagan naufragio de las haciendas y vidas; sino para puertos deseados, y seguros, en que viniendo á sus casas reposen, y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos, que corren fuera de ellas. Y así como sería cosa lastimera, si